

El ensayo literario como expresión moderna del lenguaje y el pensamiento

JOSÉ RAMOS

*Profesor del Departamento de español,
Universidad de Tamkang*

Resumen

El ensayo, creado a finales del siglo XVI en Francia por Michel de Montaigne (*Essais*, 1595, primera edición completa), es el más moderno de los géneros literarios. Son ya más de cuatrocientos años de esencial y fecunda andadura en todas las tradiciones literarias occidentales. En sus aspectos básicos, el ensayo se define como un texto de poca extensión en prosa de reflexión u opinión muy personal, proteico y subjetivo por consiguiente, y con expresa vocación de estilo, sobre un tema determinado sin pretensión de agotarlo. En la literatura moderna prácticamente todo creador literario, sea poeta, narrador o dramaturgo, ha cultivado el ensayo en mayor o menor medida. En el ámbito de la lengua española, muchos grandes escritores fueron o son destacados autores de ensayos: Unamuno, Azorín, Machado, Martí, Jiménez, Cunqueiro, Cernuda, Valente, Reyes, Borges, Carpentier, Sábato, Lezama Lima, Paz, Cortázar, Vargas Llosa, además de filósofos como Ortega y Gasset, María Zambrano, Marías y Savater.

El objeto de este trabajo es llamar la atención sobre la importancia de este género literario en tanto expresión moderna por excelencia de la lengua y el pensamiento, y, por tanto, de sus amplias posibilidades pedagógicas en la enseñanza del español como lengua extranjera. Como ejemplo de esto, me referiré en concreto al curso que imparto en el Máster de español de la Universidad de Tamkang titulado “El ensayo hispánico moderno”, dividido en dos semestres: el primero dedicado a autores españoles y el segundo a hispanoamericanos. El objetivo del curso no es otro que el de estimular en los alumnos reflexiones en torno a temas y problemas muy actuales del mundo moderno, con la intención de obtener respuestas y forjar en lo posible una conciencia crítica sobre esos temas que nos afectan en cierto modo a todos, además de reforzar su dominio de la lengua española.

Palabras clave: ensayo moderno en lengua española, reflexión.

El ensayo literario como expresión moderna del lenguaje y el pensamiento

JOSÉ RAMOS

*Profesor del Departamento de Español,
Universidad de Tamkang*

1. Introducción: el ensayo, un género problemático

Aunque ya cuenta con más de cuatro siglos de historia, el ensayo es el más nuevo de los géneros literarios. Pero a pesar de los sólidos y amplios antecedentes con que cuenta, parece no haber encontrado todavía su articulación con los demás géneros, que se muestran más claramente definidos. Así, los tres géneros clásicos, el épico, el lírico y el dramático, se presentan estéticamente diferenciados por el alcance de la significación de los términos: hay un “hecho narrativo” designado por la épica, un “hecho poético” designado por la lírica y un “hecho teatral” designado por la dramática. Pero, ¿cuál es el hecho literario designado por el ensayo?

Por ello, resulta sintomático aún hoy en día que siempre cuando se habla de literatura, por lo general se hablará de literatura de creación o imaginación, esto es, de emociones y sentimientos poéticos, de ficciones narrativas y de catárticos monólogos teatrales, pero raras veces de reflexión, característica esencial del ensayo. Un sesgo aún más reduccionista podemos observarlo en las listas de los libros más vendidos, donde todo se reduce a dos categorías harto simplificadoras (y no propiamente géneros literarios): obras de “ficción” y esa especie de cajón de sastre conocido como “no ficción”, dentro del que incluyen al ensayo. Otro hecho sintomático es el Premio Nobel de literatura. Si revisamos su lista de 111 galardonados, dejando de lado un par de historiadores (ya se sabe, el Nobel es muy dado a las extravagancias), encontraremos a tres filósofos, los franceses Henri Bergson y Jean-Paul Sartre y el

inglés Bertrand Russell, que se destacaron como ensayistas (y en el caso de Sartre, también como narrador y dramaturgo), pero eran fundamentalmente filósofos, pensadores, que cultivaron el género ensayístico para expresar sus ideas, y no propiamente creadores literarios. Y dentro de estos últimos, Thomas Mann, T. S. Eliot, Albert Camus, Yorgos Seferis, Elias Canetti, Josef Brodsky, Octavio Paz y Mario Vargas Llosa, entre otros, cuentan asimismo con obras ensayísticas de gran importancia, pero desde luego fueron premiados por su obra narrativa o poética.

Un tanto de lo mismo puede decirse del principal premio literario en lengua española, el Cervantes. Aquí encontramos un solo caso de autor que se valió del ensayo como principal vía expresiva: la filósofa española María Zambrano (1988). De nuevo, una filósofa y no una creadora literaria, lo cual suscitó una absurda polémica. Otros premiados como Alejo Carpentier, Dámaso Alonso, Ernesto Sábato, Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes, Guillermo Cabrera Infante, José Jiménez Lozano, Rafael Sánchez Ferlosio, además de los “nobelizados” Paz y Vargas Llosa, también son grandes ensayistas, pero una vez más el Premio Cervantes los reconoció como poetas o narradores, y no como autores de ensayos.

Un ejemplo más. El estadounidense George Steiner es una de las figuras más importantes e influyentes de la literatura mundial desde hace 50 años, pero nunca le darán el Premio Nobel de literatura. Es un gran escritor, sí, pero no es poeta ni novelista, tampoco es dramaturgo. Es bien conocido como teórico y crítico de la literatura y la cultura, pero es, en esencia, un genuino ensayista, uno de los ensayistas más agudos y sugestivos de nuestro tiempo. Pero el ensayo no cuenta para el Premio Nobel, ni tampoco para el Cervantes.

Ahora bien, ¿no es acaso el ensayo un género puramente literario, aunque sea “el más puro género impuro”, como señala Pedro Aullón de Haro (2005: 18), cultivado en la actualidad por la gran mayoría de los escritores occidentales? ¿Por qué muchos

siguen considerando al ensayo como un género “menor”, cuando se trata del género literario más *característico* de la modernidad, el que expresa del modo más profundo las más diversas circunstancias del mundo en el cual vivimos? O como lo define Fernando Aínsa: “Género incitante, polémico, paradójico, problemático, pero básicamente *dialogante*” (1975: 59). Así pues, este trabajo quiere hacer hincapié en la indudable importancia del ensayo literario como expresión moderna por excelencia del lenguaje y el pensamiento, en el caso concreto de la lengua española.

2. Origen, definición y características del ensayo literario

En 1580 se publicó en la ciudad de Burdeos un libro en dos volúmenes en lengua francesa titulado *Essais*, cuyo autor era el aristócrata Michel de Montaigne (1533-1592), llamado en España “Señor de la Montaña” por Quevedo. Tras su muerte se publicó en 1595 la edición definitiva en tres volúmenes, tal como la conocemos hoy. Montaigne es el creador del ensayo en tanto género literario, y de su obra deriva la palabra, aunque algunos estudiosos señalan determinados antecedentes en la antigüedad grecolatina con los que comparte ciertas características comunes, textos tales como los diálogos de Platón, algunos tratados de Cicerón, las epístolas de Séneca o las *Meditaciones* de Marco Aurelio (véanse García Gual, 1994, y Moreno Hernández, 1994).

En su breve prefacio titulado “Al lector”, escribe Montaigne estas famosas palabras:

“Es éste, un libro de buena fe, lector.
De entrada te advierte que con él no me he propuesto más fin que el doméstico y privado. (...) Lo he dedicado al particular solaz de parientes y amigos; a fin de que una vez me hayan perdido (lo que muy pronto les sucederá), puedan hallar en él algunos rasgos de mi condición y humor, y así, alimenten más completo y vivo el conocimiento que han tenido de mi persona. (...) Quiero que en él me vean con mis maneras sencillas, naturales y ordinarias, sin disimulo ni artificio: pues píntome a mí mismo. (...) Así, lector, yo mismo soy la materia de mi libro [*je suis moi-même la matière*

de mon livre]: no hay razón para que ocupes tu ocio en tema tan frívolo y vano” (Montaigne, 1996: 35).

He aquí, expresadas por su creador, una de las características originarias del ensayo: se trata de una *reflexión* –o *autorreflexión*– radicalmente personal, y por tanto teñida de subjetivismo, esto es, una íntima y profunda indagación sobre el yo del autor, la “materia” misma de su libro, y su relación con los otros y el mundo que le rodea, y por extensión, sobre la compleja naturaleza humana. Y lo hace con humildad, sin querer parecer dogmático o pedante, presentándose como un “neófito que se ejercita para enseñarse a sí mismo” (Bleznick, 1964: 7). Con ello Montaigne procura, como señala Jean Starobinski, “tocar al lector en lo vivo y arrastrarlo a pensar y a sentir más intensamente. A veces, para sorprenderlo, escandalizarlo y provocar su réplica” (1998: 38). Es, pues, el *carácter reflexivo* el elemento realmente definitorio del ensayo. Según el citado Aullón de Haro: “El discurso del ensayo (...) sólo es definible mediante la habilitación de una nueva categoría, la del *libre discurso reflexivo*. La condición del discurso reflexivo del ensayo habrá de consistir en la *libre operación reflexiva*, esto es, la operación articulada libremente por el *juicio*” (2005: 17; subrayados del autor). Es una forma literaria en la que por otra parte se expresan algunos rasgos característicos del Renacimiento: el individualismo, la visión humanística del hombre, la preferencia por los sistemas de conocimiento no sistemáticos, la referencia constante a la antigüedad grecolatina, entre otros.

Los tres volúmenes de los *Ensayos* de Montaigne están formados por un total de 107 textos, que el autor llama “Capítulos”. Para que nos formemos una idea de la variedad de los temas tratados por Montaigne, estos son algunos de sus títulos: “Por distintos medios se llega a igual fin”, “De la tristeza”, “Nuestros sentimientos van más allá de nosotros”, “De la ociosidad”, “De los mentirosos”, “Del hablar pronto o tardío”, “Del miedo”, “De cómo el filosofar es aprender a morir”, “De la fuerza de la

imaginación”, “De la amistad”, “De los caníbales”, “De huir de los placeres a costa de la vida”, “De cómo lloramos y reímos por una misma cosa”, “De la soledad”, “De la desigualdad que existe entre nosotros”, “Del dormir”, “De la inseguridad de nuestro juicio”, “De la vanidad de las palabras”, “De los olores”, “De la inconstancia de nuestros actos”, “De la embriaguez”, “De los libros”, “De cómo nuestro espíritu se estorba a sí mismo”, “Contra la pereza”, “Cada cosa a su tiempo”, “De un niño monstruoso”, “Del arrepentimiento”, “De la vanidad”, “Del arte de conversar”, “De la experiencia”, “Sobre unos versos de Virgilio”. Como muy bien observa Rof Carballo: “Temas al principio de los ‘ensayos’ fueron las costumbres, las instituciones, la literatura, la efímera circunstancia, pero el ensayo acaba siempre por retornar, en sus grandes cultivadores, al que fue su tema originario: la condición humana, los vicios y virtudes de la humana naturaleza, la tragicomedia de la fortuna, de la ambición o del destino, el consuelo de la amistad, la grandeza y la miseria de la realidad del hombre, el enigma amoroso...” (1962: 151).

Dentro de lo que Aullón de Haro (1992 y 2005) llama “géneros ensayísticos”, Huerta Calvo (1992) por su parte llama “géneros didáctico-ensayísticos”, y Arenas Cruz (1997) denomina “clase de textos de género argumentativo”, el ensayo literario se relaciona con toda una variada gama de textos antiguos y modernos con los cuales comparte determinadas características comunes: la exégesis bíblica (como la *Exposición del Libro de Job* de Fray Luis de León), el diálogo filosófico o humanístico (los diálogos platónicos, claro, y en nuestra lengua el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés), la epístola (las de Séneca o San Pablo), el tratado moral (algunos de Cicerón o el *Elogio de la locura* de Erasmo), las memorias, confesiones o diarios (las *Confesiones* de San Agustín, el *Diario* de André Gide), cierto tipo de “cartas” (las *Cartas marruecas* de José Cadalso), el repertorio enciclopédico de la Ilustración (como el *Teatro crítico* del padre Feijóo), ciertos diccionarios (como el

Diccionario filosófico de Voltaire), el fragmento o aforismo (los de Nietzsche, Pascal, Lichtenberg o Ramón Gómez de la Serna), el artículo periodístico (en español son modélicos los de Larra y Julio Camba), el manifiesto literario (ejemplos célebres son los *Manifiestos del Surrealismo* de André Breton), en fin, la crónica, la glosa, el prólogo, la crítica e historia literaria, la monografía académica, el estudio histórico, el tratado estético.

Dos textos esenciales escritos en lengua alemana por dos importantes pensadores del siglo XX, y citados por todos los estudiosos del tema, han servido de base para modelar una parte importante de las características básicas del ensayo moderno. El primer texto, titulado “Sobre la esencia y forma del ensayo”, fue escrito por el filósofo y crítico húngaro Georg Lukács, y publicado en 1911. Entre otras consideraciones, para este autor el ensayista se instala en “la eterna pequeñez del más profundo trabajo mental respecto de la vida, y la subraya con modestia irónica. (...) Hay, pues, vivencias que no podrían ser expresadas por ningún gesto y que, sin embargo, ansían expresión (...): la intelectual, la conceptualidad como vivencia sentimental, como realidad inmediata, como principio espontáneo de existencia; la concepción del mundo en su desnuda pureza, como acontecimiento anímico, como fuerza motora de la vida” (1975: 23). Lukács asocia el ensayo con una cierta toma de posición ante el mundo: “Se convierte esa forma en una concepción del mundo, en un punto de vista, en una toma de posición respecto de la vida de la que ha nacido; en una posibilidad de transformar la vida misma y crearla de nuevo” (25). Finalmente, el ensayista ha de enunciar siempre la verdad sobre las cosas y “hallar expresión para su esencia” (28).

El otro texto clave se titula “El ensayo como forma”, del filósofo alemán Theodor Adorno, publicado en 1958. Destacamos las siguientes definiciones de Adorno: “El ensayo refleja lo amado y lo odiado en vez de presentar el espíritu, según el modelo de una limitada moral del trabajo, como creación a partir de la nada.

Fortuna y juego le son esenciales” (1962: 12); “El ensayo tiene en cuenta la conciencia de ‘no identidad’, aun sin expresarla siquiera; es radical en el ‘no radicalismo’, en la abstención de reducirlo todo a un principio, en la acentuación de lo parcial frente a lo total, en su carácter fragmentario” (19); “(...) el ensayo no se propone buscar lo eterno en lo perecedero y destilarlo de ello, sino más bien eternizar lo perecedero. (...) El ensayo piensa junto en libertad lo que libre y junto se encuentra en el objeto elegido” (21); “El ensayo urge, más que el procedimiento definitorio, la interacción de sus conceptos en el proceso de la experiencia espiritual. En ésta los conceptos no constituyen un continuo operativo, el pensamiento no procede linealmente y en un solo sentido, sino que los momentos se entretajan como los hilos de una tapicería. La fecundidad del pensamiento depende de la densidad de esa intrincación” (23); “El ensayo se hace verdadero en su avance, que le empuja a más allá de sí mismo, y no en la obsesión del buscador de tesoros a caza de fundamentos. (...) En el ensayo se reúnen en un todo legible elementos discretos, separados y contrapuestos; no es el ensayo andamiaje ni construcción” (24); “El ensayo piensa discontinuamente, como la realidad es discontinua, y encuentra su unidad a través de las rupturas, no intentando taparlas” (27); “El ensayo es lo que fue desde el principio: la forma crítica *par excellence*, y precisamente como crítica inmanente de las formaciones espirituales, como confrontación de lo que son con su objeto, el ensayo es crítica de la ideología” (30); “(...) la más íntima ley formal del ensayo es la herejía” (36). En suma, Adorno recalca del ensayo la autonomía formal, la discontinuidad y la espontaneidad subjetiva y la forma crítica, además de la crítica del concepto filosófico de sistema como pretensión de totalidad.

En otras palabras, podemos resumir que el ensayista expone sus reflexiones personales sobre un asunto y lo hace sin ajustarse a un método rígido y sin preocuparse por manejar demostraciones definitivas. Opina con argumentos propios

que defiende mediante una especie de diálogo consigo mismo y con el lector, para hacerlo tomar conciencia, iluminarlo, persuadirlo, incentivar su reflexión, incitarlo al conocimiento. El ensayista desarrolla sus ideas con soltura y con una clara “voluntad de estilo”, como dice Juan Marichal (1984: 11), admitiendo cierta divagación. Le interesa que el lector se introduzca en su fluir reflexivo para compartir la aventura del pensamiento, porque el ensayo es después de todo una reflexión o meditación que intenta incorporar la subjetividad del lector a la que experimenta el autor. El ensayo tiene carácter englobador en dos sentidos: por su capacidad para incorporar los diversos tipos de discurso y por su amplitud temática. Ningún asunto le es ajeno.

3. El ensayo literario en lengua española

Se puede afirmar sin ningún reparo que la lengua española, sobre todo en el siglo XX, cuenta con una de las tradiciones ensayísticas más dilatadas, fecundas y potentes. Basta citar los nombres de Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset, dos de los más grandes ensayistas europeos en cualquier lengua. Y ellos tuvieron ilustres antecesores como Guevara, Quevedo, Gracián, Feijóo, Jovellanos, Cadalso, Larra, Clarín. El filósofo Fernando Savater, otro ensayista notable, decía en 1990: “En ensayo estamos a la altura de Europa” (Suárez Granda, 1996: 9). Y del lado americano, es necesario mencionar de entrada a cinco autores mayores: los mexicanos Alfonso Reyes y Octavio Paz, el argentino Jorge Luis Borges, el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el peruano Mario Vargas Llosa.

De la vasta producción ensayística de Unamuno (quien también, recordemos, fue poeta, novelista, dramaturgo y filósofo), es obligado citar títulos ya clásicos como *En torno al casticismo* (1895), *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), *Del sentimiento trágico de la vida* (1912), *Andanzas y visiones españolas* (1922), *La agonía del cristianismo* (1925), y sus muchas colecciones de ensayos breves, todo lo cual

constituye uno de los conjuntos ensayísticos de mayor calado intelectual, ético y estético de toda la literatura en lengua española. Por su parte Ortega, el filósofo español por antonomasia, es el autor de obras fundamentales como *Meditaciones del Quijote* (1914), *España invertebrada* (1921), *El tema de nuestro tiempo* (1923), *La rebelión de las masas* (1930) y los ocho volúmenes que componen *El Espectador* (1916-1934), todo un genial compendio del mejor ensayismo. Después de estas dos grandes figuras es preciso citar una serie de cultivadores del ensayo, comenzando con los que son en esencia ensayistas como Azorín, Eugenio D'Ors, Salvador de Madariaga, Juan Marichal, José Jiménez Lozano, Agustín García Calvo, Salvador Pániker, y continuando con otros autores provenientes de los campos más diversos, como los poetas Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, José Bergamín, Luis Cernuda, Juan Larrea, José María Valverde, José Ángel Valente y Andrés Sánchez Robayna, los novelistas Pío Baroja, Álvaro Cunqueiro, Rafael Sánchez Ferlosio, Juan Goytisolo, Juan Benet, Félix de Azúa, Javier Marías, Antonio Muñoz Molina y Gustavo Martín Garzo, el inclasificable Ramón Gómez de la Serna, los filólogos Ramón Menéndez Pidal y Fernando Lázaro Carreter, los filósofos María Zambrano, José Luis López Aranguren, Julián Marías, Gustavo Bueno, Eugenio Trías y Fernando Savater, el historiador Américo Castro, el antropólogo Julio Caro Baroja, los médicos Gregorio Marañón y Pedro Laín Entralgo, y un largo etcétera.

Pasando a las letras hispanoamericanas, de la inabarcable producción ensayística de Alfonso Reyes (1889-1959) cabe mencionar *Visión de Anáhuac* (1917), *Última Tule* (1942), *La experiencia literaria* (1942), *Los trabajos y los días* (1945) y *Junta de sombras* (1949). Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), contemporáneo y amigo de Reyes, es autor de obras tan importantes como *Horas de estudio* (1910), *La utopía de América* (1925), *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928) y *Las corrientes*

literarias en la América Hispana (1945). Borges, cuentista y poeta germinal e imprescindible, es un genial ensayista en *Discusión* (1932), *Historia de la eternidad* (1936), *Otras inquisiciones* (1952), *Textos cautivos* (1986) y *Borges en "Sur"* (1999). Del gran poeta Octavio Paz citemos, dentro de una obra ensayística amplísima, títulos tan conocidos como *El laberinto de la soledad* (1950), *El arco y la lira* (1956), *Las peras del olmo* (1957), *Cuadrivio* (1965), *Corriente alterna* (1967), *Los hijos del limo* (1974) y *El ogro filantrópico* (1979). Y Mario Vargas Llosa, maestro de la novela, es igualmente un maestro del ensayo, como lo demuestran *La orgía perpetua* (1975), *La verdad de las mentiras* (1990), *El lenguaje de la pasión* (2001), *La civilización del espectáculo* (2012), y los tres volúmenes de *Piedra de toque* (2012).

Pero la América Hispana es un continente prolífico en ensayistas destacados. Citemos a los cubanos José Martí, Juan Marinello, Alejo Carpentier, José Lezama Lima y Guillermo Cabrera Infante, los mexicanos José Vasconcelos, Rosario Castellanos, Carlos Monsiváis, Carlos Fuentes, Juan García Ponce y Gabriel Zaid, los argentinos Ezequiel Martínez Estrada, Ernesto Sábato, José Bianco, Héctor Murena y Julio Cortázar, los venezolanos Mariano Picón Salas, Arturo Uslar Pietri, Juan Nuño y Francisco Rivera, los peruanos Juan Montalvo, Manuel González Prada y José Carlos Mariátegui, los uruguayos José Enrique Rodó y Emir Rodríguez Monegal, los colombianos Baldomero Sanín Cano y Germán Arciniegas, y ya paro de contar. Con esta larga enumeración no trato de elaborar una especie de listín telefónico, sino de corroborar la extensa e inagotable riqueza de la tradición ensayística en la lengua de Cervantes.

Si existe toda esa extraordinaria tradición y riqueza del ensayo literario en nuestra lengua, ¿por qué entonces permanece tan oculta y desconocida, por decirlo así? ¿Por qué cuando se enseña literatura hispánica el ensayo es apenas una mención marginal, si es que se menciona? ¿Por qué no explotar sus evidentes posibilidades

pedagógicas en un departamento de español como lengua extranjera? Dado que en los departamentos de español en Taiwán las asignaturas de literatura, ya bastante limitadas de por sí, por lo general se centran exclusivamente en los tres géneros tradicionales, se hacía necesaria la existencia de un curso dedicado solo al ensayo español e hispanoamericano, de modo que comencé a ofrecerlo hace unos ocho años en el Máster de la Universidad Providence, y continué ofreciéndolo en el Máster de la Universidad de Tamkang.

El objetivo de dicho curso, titulado “El ensayo hispánico moderno”, no es otro que el de motivar, incitar, provocar, apremiar, azuzar, en el alumno taiwanés reflexiones en torno a una gran variedad de temas y problemas muy actuales del mundo moderno, y con ello estimular su comprensión y sentido crítico, además de reforzar su dominio y conocimiento de la lengua española a través de la inmejorable lección de estilo y el rico vocabulario que les proporciona la atenta lectura de ensayos escritos por grandes maestros españoles e hispanoamericanos del género.

En un mundo dominado por la tecnología, que parece reducirlo todo a un interminable y devorador juego de imágenes vertiginosas y a omnipresentes pantallas hipnotizadoras que anulan toda posibilidad de serena reflexión, la sugestiva y estimulante condición reflexiva que nos propone el ensayo creado por Montaigne hace más de 400 años se hace más necesaria que nunca. Concluyo citando estas lúcidas palabras de María Arenas Cruz: “La supresión de todo dogmatismo y la apertura al diálogo y al debate son las causas que hacen del ensayo una clase de textos tan interesante y atractiva para la comunicación en el seno de la sociedad democrática plural, en la que el hombre debe alcanzar, superando la seducción de la opinión uniformadora que transmiten los medios de comunicación de masas, su mayor reconocimiento como individuo y como ciudadano” (1997: 445).

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor (1962). "El ensayo como forma", en *Notas de literatura*. Barcelona: Ariel, pp. 11-36.
- Aínsa, Fernando (1975). "Función crítica y estética del ensayo hispanoamericano". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 301, pp. 59-89.
- Arenas Cruz, María (1997). *Hacia una teoría general del ensayo*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha.
- (2005). "El ensayo como clase de textos del género argumentativo: un ejemplo de Ortega y Gasset". En V. Cervera, B. Hernández y M. D. Adsuar (eds.): *El ensayo como género literario*. Murcia: Universidad de Murcia, pp. 43-58.
- Aullón de Haro, Pedro (1992). *Teoría del ensayo*. Madrid: Verbum.
- (2005). "El género ensayo, los géneros ensayísticos y el sistema de géneros". En V. Cervera, B. Hernández y M. D. Adsuar (eds.): *El ensayo como género literario*. Murcia: Universidad de Murcia, pp. 13-23.
- Bleznick, Donald W. (1964). *El ensayo español. Del siglo XVI al XX*. México: Ediciones De Andrea.
- Bueno Martínez, Gustavo (1966). "Sobre el concepto de 'ensayo'". En AA.VV.: *El Padre Feijóo y su siglo*. Oviedo: Universidad de Oviedo, pp. 89-112.
- Cerezo Galán, Pedro (2002). "El espíritu del ensayo". En J. F. García Casanova (ed.): *El ensayo, entre la filosofía y la literatura*. Granada: Comares, pp. 1-32.
- Cervera, V., B. Hernández y M. D. Adsuar (eds.) (2005). *El ensayo como género literario*. Murcia: Universidad de Murcia.
- García Casanova, J. F. (ed.). (2002). *El ensayo, entre la filosofía y la literatura*. Granada: Comares.
- García Gual, Carlos (1994). "Algunas consideraciones sobre los orígenes helénicos o helenísticos del ensayo como forma literario". *Compás de Letras*, 5, pp. 99-107.
- Gómez, Jesús (1994). "Implicaciones ideológicas del ensayo: el ensayismo a partir del Renacimiento". *Compás de Letras*, 5, pp. 131-143.
- Gómez-Martínez, J. L. (1981). *Teoría del ensayo*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Gracia, Jordi (1996). "Cuatro tiempos para el ensayo: una síntesis". En J. Gracia (ed.): *El ensayo español, 5: Los contemporáneos*. Barcelona: Crítica, pp. 9-67.
- Hernández, Belén (2005). "El ensayo como ficción y pensamiento". En V. Cervera, B. Hernández y M. D. Adsuar (eds.): *El ensayo como género literario*. Murcia: Universidad de Murcia, pp. 143-178.
- Higuera, Javier de la (2002). "El lugar del ensayo". En J. F. García Casanova (ed.): *El ensayo, entre la filosofía y la literatura*. Granada: Comares, pp. 33-66.

- Huerta Calvo, J. (1992). “Ensayo de una tipología actual de los géneros literarios”. En A. García Berrio y J. Huerta Calvo: *Los géneros literarios: sistema e historia*. Madrid: Cátedra, pp. 141-232.
- Jarauta, Francisco (2005). “Para una filosofía del ensayo”. En V. Cervera, B. Hernández y M. D. Adsuar (eds.): *El ensayo como género literario*. Murcia: Universidad de Murcia, pp. 37-41.
- López Alonso, Covadonga (1994). “De los ensayistas al ensayo”. *Compás de Letras*, 5, pp. 17-29.
- Lukács, Georg (1975). “Sobre la esencia y forma del ensayo”, en *El alma y las formas*. Barcelona: Grijalbo, pp. 15-39.
- Mainer, José-Carlos (1996). “Apuntes junto al ensayo”. En J. Gómez (ed.): *El ensayo Español, 1: Los orígenes: siglos XV a XVII*. Barcelona: Crítica, pp. 7-33.
- Marichal, Juan (1984). *Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Madrid: Alianza.
- Matamoro, Blas (1992). “Montaigne, moderno y trasmoderno”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 509, pp. 15-32.
- Montaigne, Michel de (1996). *Ensayos*. 3 vols. D. Picazo y A. Montojo (eds.). Madrid: Cátedra.
- Moreno Hernández, Antonio (1994). “Séneca, precursor del ensayo moderno”. *Compás de Letras*, 5, pp. 109-130.
- Morrás, María (1994). “Deslindes del ensayo: literatura didáctica y ensayismo”. *Compás de Letras*, 5, pp. 67-80.
- Nicol, Eduardo (1998). “Ensayo sobre el ensayo”, en *El problema de la filosofía hispánica*. 2ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 209-278.
- Paulino, José (1994). “El ensayo literario. Una reflexión”. *Compás de Letras*, 5, pp. 31-43.
- Rof Carballo, J. (1962). “Contumaz Orfeo”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 155, pp. 149-170.
- Salvador, Álvaro (2002). “Dos calas en el ensayismo hispanoamericano del siglo XX: Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes”. En J. F. García Casanova (ed.): *El ensayo, entre la filosofía y la literatura*. Granada: Comares, pp. 287-308.
- Starobinski, Jean (1998). “¿Es posible definir el ensayo?”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 575, pp. 31-40.
- Suárez Granda, Juan Luis (1996). *El ensayo español del siglo XX (1900-1990)*. Madrid: Akal.